

5º D. PASCUA. EVÁNGELIO SEGÚN SAN JUAN 14,1-12.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

-No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, si no os lo habría dicho, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino.

Tomás le dice:

-Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?

Jesús le responde:

-Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.

Felipe le dice:

-Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Jesús le replica:

-Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: «Muéstranos al Padre»? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí,

ME ENCOMIENDO A TI, JESÚS

En el Evangelio de hoy escuchamos el inicio del llamado **«Discurso de despedida»** de Jesús. Se trata de las palabras que Jesús dirige a sus discípulos al término de la **«Última Cena»**, poco antes de enfrentarse a su Pasión. En un momento tan dramático, Jesús comenzó diciéndoles: **«No se turbe vuestro corazón»**. Y también nos lo dice a nosotros cuando tenemos que afrontar en nuestras vidas **«momentos difíciles»**. Pero ¿qué debemos hacer para que no se turbe nuestro corazón? Pues, ciertamente, el corazón se turba.

Jesús nos indica **«dos remedios»** para hacer frente a esa turbación, a la confusión, a la desesperanza, a la pena que nos invade. El primero es, **«Creed en mí»**. Jesús sabe que, en la vida, la peor ansiedad, la peor turbación, viene de la **«sensación de no tener fuerzas, de sentirnos solos»** ante lo que nos sucede. Una **«angustia»** que supone una dificultad adicional a la propia dificultad que tenemos que hacer frente, una dificultad añadida que nos paraliza, que **«no la podemos superar solos»**. ¡Necesitamos ayuda!

Por eso Jesús nos dice que tengamos fe en Él, **«que confiemos en Él, que no nos apoyemos en nosotros mismos sino en Él»**. Encomendarse a Jesús es sinónimo de liberación de toda angustia. Jesús ha resucitado y está vivo precisamente para estar siempre a nuestro lado. Ahora podemos decirle: **«Jesús, creo que has resucitado y que me acompañas»** **«Creo que me escuchas»** **«Estos son mis problemas»** **«Tengo fe en Ti y me encomiendo a Ti»**

Además, hay **«un segundo remedio»** para la angustia que Jesús lo expresa del siguiente modo: **«En la casa de mi Padre hay muchas estancias y me voy a prepararos sitio»**. Es la respuesta cristiana a la más inquietante de las preguntas humanas, **«la muerte»**. Morir no es, como se dice en ciertas formas de religiosidad actuales, disolverse como persona en el gran mar de la conciencia universal, en el Todo o en la Nada. Para el cristiano, **«morir es ir a estar con Cristo en el seno del Padre, ser donde Él es»**. Y para ello **«Jesús nos ha reservado un lugar en el Cielo»**. **«Es la certeza que nos consuela»**, hay un lugar reservado para cada uno de nosotros. Todos podemos decir, **«hay un lugar para mí»**. No vivimos sin meta ni destino. Se nos espera, somos queridos. **«Dios nos ama»**, somos sus hijos.

Y por eso nos ha preparado el lugar más digno y hermoso, «la morada que nos espera es el Paraíso». «Aquí estamos de paso». «Estamos hechos para el Cielo», para la vida eterna, para vivir para siempre. Algo que no podemos imaginar ahora, pero algo que será «gozo total», comunión plena con Dios y con los otros, sin más lágrimas, sin más rencores, sin divisiones ni angustias.

Pero ¿cómo podemos llegar al Paraíso? «¿Cuál es el camino a seguir? Jesús nos lo dice con claridad en el Evangelio de hoy: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Jesús es el camino para subir al cielo, ¿cómo?, «teniendo una relación abierta con Él» e «imitándole en el amor», siguiendo sus pasos.

Y cada uno de nosotros podemos preguntarnos «¿Qué camino sigo yo?» En la vida hay caminos que no llevan al Cielo. Son los caminos de la mundanidad, los caminos del yo, los caminos del poder egoísta. Pero está el camino de Jesús, «el camino del amor humilde» «de la oración» «de la mansedumbre» «de la confianza» «del servicio a los demás»



Es caminar cada día preguntándole: «Jesús, ¿qué harías Tú en esta situación, si estuvieras en mi lugar?», ¿qué piensas de esta decisión que he tomado?

Nos hará bien pedirle que nos dé las indicaciones para el Cielo. Sin duda que lo hará y que lo hará bien.

«No es el camino de mi protagonismo, es el camino de Jesús como protagonista de mi vida»

Es el camino de la fe. El camino de creer en Él como el que «nos revela la ley de Dios». En la vida hay una serie de «leyes físicas» que la gobiernan y también «leyes espirituales». La ley de la gravedad sería una de esas leyes físicas. Las personas han percibido la gravedad desde siempre pero sin embargo no la han conocido hasta que Newton en 1685 la definió y formuló facilitando, por tanto, su comprensión.

Pues bien, en el ámbito de la espiritualidad ocurre algo parecido. Aquí es Jesús quien con su Palabra y su Vida nos ha revelado la ley de Dios, «la ley de la eterna felicidad». Una ley que existía desde siempre pero que el mundo no la conocía hasta que Jesús nos la reveló. Al igual que la gravedad, la felicidad no se ve pero «quien camina tras las huellas de Jesús puede comprobar su verdad y su gozo». «Le cambia la vida». No es extraño que los primeros cristianos hablasen de su experiencia como un «nuevo nacimiento» y definiesen al cristiano como un «hombre nuevo».

Los que hemos recibido la fe como una herencia transmitida de generación en generación, corremos el riesgo de vivirla casi por inercia y como costumbre sociológica, sin descubrir «el gozo de una vida nueva en constante crecimiento hacia su plenitud». Tanto es así que podría decirse que uno se siente cristiano el día en que puede confesar que «la fe en Jesús resucitado le hace vivir de manera nueva». ¡Que así sea!